

—Se llama Jorge Duchesne; es dependiente principal en el departamento de mi marido, y pretende ser subjefe...

—¡No, no!—exclamó Rougón.

Entonces la hermosa joven se fué, envolviéndole en una larga y despectiva mirada de mujer ofendida. Retardaba su andar, y arrastraba su cola con majestad, deseosa de dejar tras ella el sentimiento de no haberla poseído.

El ministro volvió á su gabinete en actitud de cansancio. Hizo una señal á Merle, quien le siguió. La puerta había quedado á medio abrir.

—El señor director del *Voto nacional*, á quien Vuecencia ha mandado llamar, acaba de presentarse—dijo el ujier en voz queda.

—¡Muy bien!—contestó Rougón;—pero antes he de recibir á los funcionarios que están ahí hace tanto tiempo.

En aquel instante un ayuda de cámara se presentó en la puerta que conducía á las habitaciones particulares. Anunció que el almuerzo estaba listo y que la señora de Delestang esperaba á Su Excelencia en el salón. El ministro se había adelantado en viveza.

—¡Diga usted que sirvan! ¡Tanto peor! Recibiré más tarde. Rabio de hambre.

Estiró el cuello para dirigir una mirada. La antesala seguía rebotando de gente. Ni un empleado, ni un dependiente, se había movido de su sitio. Los tres prefectos hablaban en su rincón; las dos damas de delante de la mesa, se apoyaban con las yemas de los dedos, un tanto cansadas; las mismas cabezas en los mismos sitios, permanecían inmóviles y mudas, á lo largo de las paredes, apoyadas en

los respaldos de terciopelo rojo. Entonces dejó el gabinete, dando orden á Merle para que retuviera al prefecto del Soma y al director del *Voto nacional*.

La señora de Rougón, algo enferma, había partido la víspera para el Mediodía, en donde había de pasar un mes; tenía un tío cerca de Pau. Delestang, encargado de una comisión muy importante relacionada con un asunto de agricultura, hallábase en Italia seis semanas hacía. Y así fué que el ministro, con quien Clorinda quería hablar largo y tendido, la había invitado á que fuese á comer al ministerio, cual si fuesen libres uno y otra.

Clorinda le esperaba armada de paciencia, hojeando un tratado de derecho administrativo, que encontró sobre una mesa.

—Debe usted de tener ya el estómago en los talones—le dijo alegremente.—No me han dejado respirar en toda la mañana.

Ofrecióle el brazo y la condujo al comedor, inmensa estancia en que los dos cubiertos, puestos en una pequeña mesa delante de la ventana, se veían como perdidos. Dos apuestos ayudas de cámara les servían. Rougón y Clorinda, muy sobrios los dos, comieron de prisa; algunos rabanillos, una lonja de jamón fiambre, chuletas con puré y un poco de queso. El vino no lo tocaron. Rougón, por la mañana, tan sólo bebía agua. Apenas se cruzaron entre ellos diez palabras. Después, cuando ambos lacayos hubieron quitado la mesa y traído el café y los licores, la joven le dirigió un ligero movimiento de cejas, que él comprendió á las mil maravillas.

—Está bien—dijo,—pueden ustedes retirarse. Ya llamaré.

Los lacayos salieron. Entonces, Clorinda se levanta

tó y dió unos golpecitos en la falda para que cayeran las migajas. Llevaba un vestido de seda negro, demasiado abultado, cargado de volantes y tan complicado, que parecía como empaquetada, sin que fuese fácil cosa apreciar en dónde se encontraban sus caderas y su seno.

—¡Qué sala!—exclamó dirigiéndose al fondo de la pieza.—El comedor de usted es un salón á propósito para bodas ó para convites en corporación.

Y volvió, agregando:

—De buena gana me fumaría un cigarrillo.

—¡Demontre! el mal está en que no hay tabaco. Yo no fumo nunca.

Mas ella guiñó los ojos y sacó del bolsillo una bolsita de seda colorada, bordada de oro. Con las yemas de sus afilados dedos lió un cigarrillo. Después, como no querían llamar, pusieronse á caza de cerillas por toda la habitación. Por fin, en el rincón de un aparador encontraron tres fósforos, que se llevó con todo cuidado. Y, con el cigarrillo en los labios, y arrellanada de nuevo en la silla, púsose á tomar el café á sorbitos, sin dejar de mirar á Rougón cara á cara, con una sonrisa.

—Bueno—dijo Rougón, quien también se sonreía, —estoy enteramente á sus órdenes. Usted tenía que hablarme; hablemos, pues.

Clorinda hizo un mohín de indiferencia.

—Sí. He recibido carta de mi marido. Se fastidia en Turín. Está muy contento por haber obtenido esta comisión, gracias á usted; solo que no quiere que se le olvide por allá. Mas ya hablaremos de esto después; no corre ninguna prisa.

Volvió á ponerse á fumar y á mirarle con su provocadora sonrisa. Rougón, poco á poco, se había

ido acostumbrando á verla, sin hacerse las preguntas que en el pasado, tan vivamente excitaban su curiosidad. Clorinda había acabado por hacerse á sus costumbres, aceptábale ahora como una figura de reconocido mérito, respetada por todo el mundo y cuyas extravagancias ya no le ocasionaban el menor sobresalto de sorpresa. Pero, en realidad de verdad, Rougón, continuaba no sabiendo con certeza nada acerca de ella, y la ignoraba tanto hoy como en los primeros días de haberla conocido. Aparecíasele bajo múltiples aspectos, pueril y á la vez de difícil comprensión, necia lo más á menudo, singularmente astuta á veces, bondadosa y malevola á un tiempo. Cuando le sorprendía la joven con un gesto, con una palabra cuya significación no sabía descifrar, encogíase de hombros cual hombre superior y decía que todas las mujeres estaban cortadas por el mismo patrón. Y con esto pretendía atestiguarle gran desprecio hacia las mujeres, lo que estimulaba la sonrisa de Clorinda, sonrisa tan juiciosa como cruel, que descubría sus hermosos dientes entre sus rojos labios.

—¿Por qué me mira usted así?—le preguntó por último Rougón, contrariado por la mirada de aquellos grandes ojos fijos en él.—¿Encuentra usted algo que le desagrade?

Un pensamiento oculto acababa de brillar en el fondo de los ojos de Clorinda, mientras que dos pliegues en las comisuras de sus labios comunicaban gran dureza á su boca. Mas en seguida recuperó su seductora sonrisa, y, despidiendo el humo del cigarrillo en tenues espirales, dijo:

—No, no, le encuentro á usted perfectamente,

Pensaba en una cosa, querido amigo. ¿Sabe usted que ha tenido una endemoniada suerte?

—¿Por qué?

—¿Qué duda tiene? Hé aquí que ha llegado usted al pináculo á que quería alcanzar. Todo el mundo le ha impulsado á usted, y hasta los mismos acontecimientos le han secundado.

Iba á contestarle cuando llamaron á la puerta. Clorinda, con instintivo movimiento, ocultó el cigarrillo detrás de la falda. Era un empleado, que quería comunicar á Su Excelencia un telegrama muy urgente. Rougón, malhumorado, leyó el telegrama, é indicó al empleado los términos en que había de redactarse la contestación. En seguida, cerró violentamente la puerta y volvió á sentarse.

—Sí, he tenido amigos muy devotos, y procuro no echarlos en olvido... Y tiene usted razón, he de dar gracias hasta á los acontecimientos. Los hombres á menudo nada pueden, cuando los hechos no les ayudan.

Y mientras emitía estas palabras con lentitud, la contemplaba, con sus pesados párpados caídos, medio ocultando la mirada con que la estaba estudiando. ¿Por qué le hablaba de su buena suerte? ¿Qué sabía ella con precisión acerca de los acontecimientos favorables á que aludía? ¿Si Du Poizat habría llegado á hablar?... Mas, al verla sonriente y pensativa, con el rostro como enternecido por un recuerdo sensual, presentía en ella otra preocupación. Con seguridad, Clorinda lo ignoraba todo. Hasta él mismo olvidaba, prefiriendo no hurgar demasiado en el fondo de su existencia que acababa por parecerle en extremo confusa, y hasta acababa por creer que

debía en realidad su elevada posición á la devoción de sus amigos.

—Yo no pretendía ser nada, se me ha impelido á pesar mío. Las cosas han resultado, al fin y al cabo, á pedir de boca. Si consigo hacer algún bien, me daré por satisfecho.

Y dió fin al café. Clorinda liaba un segundo cigarrillo.

—¿No hace usted memoria—dijo—de hace dos años, cuando al dejar usted el Consejo de Estado, hacíale yo preguntas queriendo saber el motivo que le impulsó á aquella calaverada? ¿Se hacía usted el cazurro en aquel entonces! Pero ahora puede usted hablar. Veamos, aquí para entre los dos, ¿tenía usted un plan ya resuelto?

—Siempre se tiene un plan—contestó con disimulo.—Sentíame caer y preferí dar el salto por impulso propio.

—Y el plan de usted vino á realizarse; ¿se han realizado las cosas tal y como usted las había previsto?

Rougón, con un guiñar de ojos de amigacho, se puso á ver venir.

—No por cierto, bien lo sabe usted, las cosas no resultan siempre como se desea... ¡Con tal de que se llegue!...

Se interrumpió á sí mismo y le ofreció licores.

—¿Qué desea usted, curaçao ó chartreuse?

Aceptó una copita del último, mas al llevársela á los labios, llamaron otra vez á la puerta. La joven volvió á esconder el cigarrillo, con gesto de disgusto. El, enfurruñado, sin dejar la botella, se levantó. Aquella vez se trataba de una carta sellada

con lacre. Se enteró de ella con una ojeada y se la metió en un bolsillo de la levita, diciendo:

—¡Está bien! Que no se me vuelva á molestar, ¿estamos?

Clorinda, así que Rougón volvió á sentarse en frente de ella, humedeció los labios en el chartreuse, bebiendo á sorbitos, mirando por lo bajo, con los ojos relucientes. Sentíase de nuevo dominada por aquella ternura que le inundaba el rostro. Y dijo, muy bajito, con los codos apoyados en la mesa:

—No, caro amigo, usted no sabrá nunca lo mucho que se ha hecho por usted.

Rougón se acercó, poniendo á su vez ambos codos sobre la mesa y diciendo vivamente:

—¡Calle, es verdad! Va usted á contármelo todo. Ahora no hay que andarse con tapujos, ¿verdad que no? Dígame usted todo lo que han hecho ustedes.

La joven contestó que no con un movimiento de cabeza, llevándose el cigarrillo á los labios.

—¿Es la cosa tan horrible? ¿Teme V. tal vez que no me sea posible pagar mi deuda?... Espere usted, voy á ver de adivinar... ¿Ha escrito usted al Padre Santo? ¿ha remojado usted alguna reliquia en mi copa, sin que yo lo haya notado?

Pero Clorinda se atufó con aquella broma de mal género, y le amenazó con irse, si seguía por aquel camino.

—No se burle usted de la religión—le dijo.—Podría traerle á usted la desgracia.

Después, más sosegada, apartando con la mano el humo que parecía molestar á Rougón, continuó con acento particular:

—He visto á mucha gente y le he proporcionado á usted amigos.

Sentía una dañina necesidad de contárselo todo.

Quería que no ignorase de qué manera había trabajado para labrar su encumbramiento. Aquella confesión constituía por sí sola una primera satisfacción, para su rencor, por tanto tiempo y con tanta paciencia encubierto. Si él la hubiese instado, á buen seguro que le habría dado detalles preciosos. Aquella regresión á los tiempos que fueron, era lo que la ponía risueña, alocada un tanto y con el húmedo cutis ardoroso.

—Sí, sí—repetía,—hombres del todo hostiles á las ideas de usted, cuya conquista he tenido que hacer por usted; caro amigo.

Rougón se había puesto muy pálido. Había comprendido.

—¡Ah!—exclamó, sin decir nada más.

Trataba de rehuir el hablar de aquel asunto. Pero, con todo descaro, con toda tranquilidad, Clorinda fijaba en sus ojos su penetrante mirada y riendo á carcajadas. Entonces mudó de consejo y le preguntó:

—El señor de Marsy ¿no es eso?

La joven hizo un signo afirmativo, lanzando á su espalda una bocanada de humo.

—¿El caballero Rusconi?

De igual manera contestó que sí.

—El señor Lebeau, el señor de Salmeuve, el señor Guyot-Laplanche?

Y siempre respondía que sí. No obstante, al oír el nombre del señor de Plouguern, protestó.—Aquél en modo alguno.—Y dió fin á su copita de chartreuse, á sorbitos, con chasquidos de lengua y con semblante de triunfo.

Rougón se había levantado. Se dirigió al fondo de

la pieza, volvió, se puso tras ella y le dijo casi en la nuca:

—Entonces, ¿por qué no conmigo?

Clorinda se volvió bruscamente, por temor de que le besara los cabellos.

—¿Con usted? ¡pero si era inútil! ¿A qué venía con usted? ¡Qué necedad! Yo no tenía necesidad con usted de defender su propia causa.

Y, como Rougón la mirase, dominado por rabiosa ira, soltó una gran carcajada.

—¡Ah, inocente! ¡ni siquiera se puede bromear con él! ¡créa á pie juntillas cuanto se le dice!... Veamos, amigo mío, ¿me cree usted capaz de meterme en semejantes belenes? Y* todavía por los bellos ojos de usted. Por otra parte, si yo hubiese cometido tales indecencias, ¿habría venido á contárselas usted? Con seguridad que no... ¡Vaya, vaya, que resulta usted divertido!

Rougón se quedó un instante como aturdido. Pero el tono irónico con que se desdecía, la hacía más provocante; y toda su persona, sus destempladas risas, las llamaradas de sus ojos, todo repetía muy alto sus afirmaciones, todo decía que sí. Y extendía los brazos para cogerla por la cintura, cuando llamaron por la tercera vez.

—Peor que peor—dijo—no suelto el cigarrillo.

Un ujier, falto casi de respiración, se presentó balbuceando que Su Excelencia el ministro de justicia solicitaba hablar á Su Excelencia; y miraba de reojo á aquella señora que fumaba.

—Diga usted que he salido—gritó Rougón.—No estoy para nadie, ¿lo oye usted?

Cuando el ujier se hubo retirado, andando hacia atrás y saludando, se puso hecho una furia y la em-

prendió á puñetazos con los muebles. Ya no se le dejaba ni respirar; todavía el día anterior se le había acorralado hasta su gabinete de tocado, en donde se hacía la barba. Clorinda, con toda decisión, se dirigió hacia la puerta.

—Espere usted—dijo.—No se nos molestará más.

Tomó la llave, la metió por dentro en la cerradura y le dió doble vuelta.

—Ahora ya pueden llamar,—dijo.

Y se volvió para liar el tercer cigarrillo, delante de la ventana. Rougón llegó á confiar en una hora de abandono. Acercóse y le dijo al oído.

—¡Clorinda!

Ella no se movió, y él repuso en voz aun más queda:

—Clorinda, ¿por qué no quieres?

Al oirse tutear no se alteró en lo más mínimo. Dijo que no con la cabeza, pero débilmente, como si hubiese querido prestarle alas, impulsarle más aún. Rougón no era osado á tocarla, dominado de repente por gran timidez; como el colegial á quien su primer lance amoroso paraliza, no se atrevía á pedir vénia. Sin embargo, concluyó por besarla bruscamente en el cuello, á raíz de los cabellos. Entonces la joven se volvió y le dijo con despreciativo tono:

—¡Cómo! ¿volveremos á las andadas, caro amigo? Yo estaba en que aquello le había pasado á usted... ¡Háse visto hombre más singular! ¡Venir á besar á las mujeres después de diez y ocho meses de reflexión!

Rougón, con la cabeza baja y abalanzándose á ella, hábale cogido una de sus manos, que se comía

á besos. Clorinda se la abandonaba; continuaba burlándose, sin tomarla por la tremenda.

—Con tal de que no me muerda usted los dedos... es cuanto le pido... ¡Ah! ¡no habría creído eso de usted! ¡Se había vuelto usted tan juicioso, cuando iba á verlo á la calle de Marbeuf! Y he aquí que de nuevo pierde usted la chaveta, porque le he contado porquerías que jamás me pasaron por la imaginación, á Dios gracias. Es usted de lo que no hay. Por lo que á mí se refiere, el fuego no arde en mí por tanto tiempo. Esto pertenece á la historia antigua. Usted no quiso de mí, ahora yo ya no quiero nada de usted.

—Escúcheme usted; será cuanto usted quiera—murmuró el grande hombre.—Todo lo haré, lo daré todo.

Mas ella seguía diciendo que no, castigándole en sus ardores por sus antiguos desdenes y saboreando en todo y por todo su primera venganza. Había ansiado verle omnipotente para vengarse de él, é inferir por tal modo una afrenta á su fuerza de grande hombre.

—¡Nunca, nunca! —repetía una y otra vez.—Qué ¿no se acuerda usted?... ¡Jamás!

Entonces Rougón se arrastró vergonzosamente á sus pies. Háblele cogido las faldas entre sus brazos y le besaba las rodillas al través de la seda. No era aquél el traje blando y flexible de la señora de Bouchard, sino un lío de tela de espesor irritante, y que, sin embargo, le embriagaba con su aroma. Encogiéndose de hombros, Clorinda le abandonaba sus sayas, y él se enardecía cada vez más, bajaba las manos y buscaba los pies, al borde del volante.

—Cuidado con lo que hace usted—le decía con apacible acento.

Y como Su Excelencia hundiese las manos, púsole sobre la frente la punta encendida del cigarrillo. El grande hombre retrocedió lanzando un grito, y quiso nuevamente arrojarse sobre ella. Pero Clorinda había ya tomado el cordón de la campanilla adosado á la pared, junto á la chimenea. Gritó:

—Llamo y digo que es usted quien me ha encerrado.

Rougón dió vuelta sobre sí mismo, llevándose los puños á las sienes y con el cuerpo agitado con gran estremecimiento. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con el temor de oír estallarle la cabeza. Irguióse para calmarse de súbito, zumbándole los oídos y con los ojos cerrados por rojas llamaradas.

—Soy un animal—murmuró.—¡Qué estupidez!

Clorinda se reía en actitud victoriosa y echándolas de moralista. Hacía mal—decía—en despreciar á las mujeres; con el tiempo se persuadiría de que las hay que valen mucho. Y acto seguido volvió á recobrar su aspecto de buena muchacha.

—No nos hemos incomodado, ¿eh?... Mire usted, eso no me lo pida usted jamás. No lo quiero, no es de mi agrado.

Rougón se paseaba, corrido de verdad. Clorinda dejó el cordón de la campanilla, y fué á sentarse á la mesa, en donde se preparó un vaso de agua azucarada.

—Como le dije á usted, ayer recibí una carta de mi marido—repuso con todo sosiego.—Tantos asuntos se me han amontonado esta mañana, que tal vez le habría faltado á mi palabra para el almuerzo, si

30818

no hubiese deseado enseñársela á usted. Aquí la tiene usted... Le recuerda sus promesas.

Tomó la carta y la leyó, andandó de aquí para allá; después la echó sobre la mesa, delante de ella, haciendo un gesto de fastidio.

—¿Qué le parece á usted?—le preguntó.

Mas él no contestó en seguida. Arqueó la espalda y se puso á bostezar ligeramente.

—Es un necio—acabó por decir.

Clorinda se sintió muy ofendida. Hacía algún tiempo que no toleraba que se pudiese poner en tela de juicio la capacidad de su marido. Bajó un instante la cabeza y reprimió los ligeros movimientos de rebeldía con que sus manos se agitaban. Poco á poco iba desprendiéndose de su sumisión de colegiala, y no parecía sino que tomaba á Rougón fuerza bastante para convertirse en adversario temible.

—Si enseñásemos esta carta, resultaría hombre al agua—dijo el ministro, impulsado á vengarse en el marido de la resistencia de la mujer.—¡Ah! mi buen hombre no es fácil de colocar.

—Usted exagera, querido amigo—repuso la joven tras de corto silencio.—En aquellos tiempos usted juraba que tenía un hermoso porvenir. Posee excelentes cualidades y es de gran solidez... Vaya, no son siempre los hombres de verdadero valor los que van más lejos.

Rougón proseguía su paseo, y se encogía de hombros.

—En interés de usted está el que entre en el ministerio. Contaría usted con un amigo. Si es cierto que el ministro de Agricultura y de Comercio se retira por motivos de salud, según se dice, la ocasión es magnífica. Mi marido es competente, y su

misión en Italia le designa para la elección del emperador... Usted sabe que el emperador le aprecia mucho; se entienden á las mil maravillas y sustentan las mismas ideas. Una palabra de usted lo allanaría todo.

El ministro dió dos ó tres vueltas más sin responder. Después, deteniéndose ante ella:

—Así lo deseo, después de todo. Los hay mucho más asnos que él... Pero si lo hago es tan sólo por usted, porque deseo desarmarla. ¡Ah! Usted no debe ser buena. ¿Me equivoco? La tengo á usted por muy rencorosa.

Lo tomaba á broma. Clorinda volvió á echarse á reir, repitiendo:

—Sí, sí, rencorosísima... Guardo memoria.

Después, al despedirse, la retuvo un instante á la puerta. Dos veces se estrecharon fuertemente las manos, sin agregar una sílaba.

En cuanto Rougón se vió sólo, volvióse al gabinete. La gran habitación se hallaba vacía. Sentóse al bufete, con los codos apoyados en el borde de la carpeta, respirando fuerte, en el silencio que allí reinaba. Bajábasele los párpados, y una irresistible somnolencia le tuvo amodorrado obra de diez minutos. Luego se sobresaltó y estiró los brazos. Tocó el timbre y Merle se presentó.

—El señor prefecto del Soma continúa esperando, ¿no es así?... Dígale que pase.

El prefecto del Soma entró pálido, sonriente é irguiendo su corta estatura. Saludó al ministro con irreprochable corrección. Rougón, un tanto entorpecido, le rogó que se sentara.

—He aquí, señor prefecto, por qué le he mandado venir. Ciertas instrucciones deben ser dadas de viva

voz... Usted no ignora que el partido revolucionario levanta la cabeza. Hemos estado amenazados de una espantosa catástrofe. El país pide, en fin, que se le tranquilice, que se ejerza sobre él la enérgica protección del gobierno. Por su parte, Su Majestad el emperador está decidido á hacer escarmientos, ya que, hasta la hora presente, se ha abusado en gran manera de su bondad...

Hablaba con lentitud, retrepado en el fondo de su butaca, jugando con un gran sello con puño de ágata. El prefecto aprobaba cada frase con un vivo movimiento de cabeza.

—El departamento de usted es uno de los peores. La gangrena republicana...

—Hago los mayores esfuerzos...—quiso decir el prefecto.

—No me interrumpa usted... Es menester, pues, que la represión sea ruidosa; y para entenderme con usted acerca de este punto, es para lo que he deseado verle... Nos hemos estado ocupando de un trabajo, hemos formado una lista...

Y buscando entre sus papeles, tomó un legajo que se puso á hojear.

—Ha habido que repartir entre toda Francia el número de arrestos que se han tenido por necesarios. El número para cada departamento es proporcionado al golpe que se trata de dar... Penétrese usted bien de nuestras intenciones. De este modo al Alto-Marne, en donde los republicanos figuran en ínfima minoría, corresponden tan sólo tres detenciones. Al del Meuse, por el contrario, le tocan quince. En cuanto al departamento de usted, el del Soma, ¿no es esto? Decimos el Soma...

Y daba vuelta á las hojas, entornando los pesados

párpados. Por último, levantó la cabeza, y miró al funcionario cara á cara.

—Señor prefecto—le dijo,—son doce las prisiones que tiene usted que hacer.

El pálido hombrecillo se inclinó repitiendo:

—Doce prisiones... He comprendido perfectamente á Su Excelencia.

Pero se quedó perplejo, acometido de un ligero temblor que no quería demostrar. Después de unos minutos de conversación, como el ministro le despidiese levantándose, se atrevió á preguntar:

—¿No podría Su Excelencia designarme las personas?...

—¡Oh! ¡prenda usted á quien mejor le parezca!... A mí no me es posible ocuparme de estos detalles. Sería el colmo... Parta usted esta noche, y proceda usted á las detenciones desde mañana mismo... ¡Ah! á pesar de todo aconsejo á usted que la empresa con la gente de viso. No faltan allí abogados, comerciantes, farmacéuticos, que se ocupan de política. Enciérreme usted á toda esa gente; el efecto será mayor.

El prefecto se pasaba la mano por la frente, con gesto de ansiedad, revolviendo ya su memoria, en busca de abogados, de comerciantes, de farmacéuticos. Y seguía moviendo la cabeza, expresando su aprobación. Pero Rougón no se dió sin duda por satisfecho de su actitud vacilante.

—No le ocultaré á usted—repuso,—que Su Majestad, en los momentos actuales, está descontentísimo del personal administrativo. Podría realizarse antes de mucho un gran movimiento prefectoral. Nos hacen falta hombres adictísimos en las graves circunstancias que atravesamos.

Esto produjo el efecto de un latigazo.

—Su Excelencia—exclamó el prefecto—puede contar conmigo. Ya he dado con mis hombres; hay un farmacéutico en Perona, un fabricante de paños y otro de papel en Doullens; en cuanto á abogados, no faltan; son una verdadera peste... ¡Oh! aseguro á Su Excelencia que encontraré los doce... Me tengo por un antiguo servidor del imperio.

Habló también de salvar al país y se marchó, inclinándose hasta los pies. El ministro, detrás de él, balanceaba su enorme humanidad, con semblante de duda; los hombres pequeñines no le merecían confianza. Sin volverse á sentar, borró el departamento del Soma de la lista con un trozo de lápiz rojo. Más de las dos terceras partes de los departamentos se encontraban ya tachados. El gabinete conservaba el ahogado silencio de sus tapiernas verdes corroídas por el polvo, y por el graso olor con que la gordura de Rougón parecía llenarle.

Cuando volvió á llamar á Merle, se irritó de mala manera al ver que la antesala estaba siempre de bote en bote. Hasta le pareció ver á las dos damas que estaban junto á la mesa.

—Le dije á usted que despidera á todo bicho viviente—gritó.—Tengo que salir y no puedo recibir á nadie.

—El señor director del *Voto nacional* está ahí,—murmuró el ujier.

Rougón lo había olvidado. Cruzó las manos tras de la espalda y dió orden de que se le introdujera. Era hombre que frisaba en los cuarenta, vestido con toda afectación y de semblante ordinario.

—¡Ah! estamos bien, caballero—dijo el minis-

tro con áspero acento.—Es imposible que las cosas continuen en el estado en que están; ¡se lo prevengo á usted!

Y, sin dejar de pasear arriba y abajo, puso á la prensa de vuelta y media. Lo desorganizaba todo, todo lo desmoralizaba é impelía á toda clase de desórdenes. Antes que por los periodistas, estaba por los bandidos que asesinan en los caminos reales; se cura de una puñalada, mas no así del veneno que suelta una pluma; y aun dió con otras comparaciones todavía más sorprendentes. Poco á poco se iba enardeciendo, maltratábase á sí mismo, se agitaba furioso y emitía la voz con fragor de trueno. El director, que se había quedado en pie, agachaba la cabeza bajo aquel huracán, con el semblante humilde y consternado. Concluyó por decir:

—Si Vucencia se dignase explicarme... no se me alcanza bien por qué...

—¿Cómo por qué?—exclamó Rougón exasperado.

Y precipitándose hacia el búfete desdobló el periódico y señaló columnas por completo tildadas con lápiz rojo.

—No hay aquí ni siquiera diez líneas que no sean reprensibles. En vuestro artículo de fondo parece que ponéis en duda la infalibilidad del gobierno en punto á represión. En este articulillo, en la segunda página, parece que aluden ustedes á mi persona, hablando de los advenedizos cuyo triunfo es insolente. En sus gacetas se deslizan sucias y escandalosas historias, estúpidos ataques contra las clases elevadas.

El director, aterrado, juntaba las manos y trataba de inquirir siquiera una palabra.

—Juro á Vucencia... Estoy desesperado al ver

que Vuecencia haya podido suponer, ni por un solo instante... Yo, que abrigo por Vuecencia tan viva admiración...

Pero Rougón no le escuchaba.

—Y lo peor, caballero, es que nadie ignora los lazos que á usted unen á la administración. ¿Cómo los demás periódicos pueden respetarnos si los que nosotros pagamos no nos respetan? Desde por la mañana, todos mis amigos no hacen más que denunciarme tales abominaciones.

Entonces el director puso también el grito en el cielo. Aquellos artículos él no los había leído. A todos los redactores iba á ponerlos de patitas en la calle. Si Su Excelencia lo deseaba, todas las mañanas le enviaría una prueba del número. Rougón, alijerado ya de un peso, se negó; no tenía tiempo para ocuparse de ello. Y encaminaba al director hacia la puerta, cuando pensó otra cosa.

—Me olvidaba—dijo.—El folletín es de lo más asqueroso... Aquella mujer de buena educación, que engaña á su marido, es un detestable argumento contra la buena educación. No debe dejarse decir que una mujer de elevada clase pueda cometer una falta.

—El folletín tiene gran éxito—dijo en voz queda el director, volviendo á inquietarse.—Yo lo he leído y me ha parecido muy interesante.

—¡Ah! con que usted lo ha leído... Y bien, esa desgraciada ¿acaba al menos por sentir remordimientos?

El director se llevó la mano á la frente, aturdido, tratando de recordar.

—¿Remordimientos? No, estoy en que no.

Rougón había abierto la puerta, y la cerró tras él, gritando:

—¡Es de todo punto indispensable que sienta remordimientos!... ¡Exija usted al autor que la haga tener remordimientos!